



**MUJER**

# LAS GUERRILLERAS

*"Dicen que poseen la fuerza del león, el odio del tigre, la astucia del zorro, la paciencia del gato, la perseverancia del caballo, la tenacidad del chacal. Dicen, yo seré la venganza universal. Dicen, seré la Attila de estos feroces déspotas, causa de nuestras lágrimas y nuestros sufrimientos. Dicen, y cuando por suerte todas querrán ser aliadas, cada una será Nerón, y también incendiará Roma. Dicen, guerra, a mí. Dicen, guerra, adelante. Dicen que una vez tengan las armas en la mano no las soltarán. Dicen que conmoverán el mundo como el rayo y el trueno".*

(Monique Wittig, «Las guerrilleras»).

nos deja tiempo de pensar que tal vez el equilibrio no haya existido nunca, que la evolución es continua, que la misma acción del hombre sobre el medio («artificial») es parte de la misma Naturaleza cambiante.

El tema hombre/mujer está muy envenenado por la idea de naturaleza. Ha servido hasta muy entrado el siglo XX para dibujar la idea de la mujer «débil» y el hombre «fuerte». Lo han sustentado grandes sabios. Freud construyó una amplísima teoría sobre la base del «complejo de castración» —por la ausencia de pene— de la mujer. Su heterodoxo y antagonista Jung emitió la oposición entre «ánima» y «ánimus»: sería el ánima el alma femenina, y el ánimus la masculina, y su relación, la de la «sombra» a la «persona». Havelock Ellis edificó (no lejos de Freud) la idea de la «pasividad» por razones biológicas. A partir de ese momento, la sospecha de que la condición masculina y la femenina no fueran «naturales», sino adquiridas o «artificiales» (la imposición secular del hombre sobre la mujer), comenzó a abrirse paso. La inició otro heterodoxo del psicoanálisis, Adler, y la continuó una mujer, Simone de Beauvoir. Hasta que otra mujer «mujerista» —por no decir feminista, que es palabra cargada de política—, Margaret Mead, inició una tremenda revolución. Con una buena educación antropológica, etnográfica y sociológica, se fue a visitar determinadas tribus consideradas como primitivas (los arapesh, los mundugumor, los tchambuli...), y encontró que el papel social de los sexos estaba cambiado con respecto a los moldes occidentales. Rasgos de carácter tenidos comúnmente entre nosotros por masculinos, aparecían allí entre las mujeres, y viceversa. Escribió unos libros importantes, y de ellos nació en gran parte el movimiento actual de liberación de la mujer.

Sin duda partía de un equívoco, o quizá de dos. Uno de ellos, considerar como «primitivas» esas tribus actuales, y, por lo tanto, exponentes de un molde original de vida, sin considerar que sus modos de producción, su demografía, su clima, sus acumulaciones culturales e históricas (¿quién nos puede asegurar que los arapesh vivían igual hace cuatrocientos o quinientos millones de años?), su evolución biológica, podían constituir simplemente una actualidad y no una perennidad. Otro error, el de equiparar esa forma de vida a lo «natural»: es decir, la creencia de que existe o existió un molde «natural».

Sin embargo, a partir de las

Siempre que pensamos en términos de «naturaleza» corremos el riesgo de la confusión. Partimos de la idea de un orden natural concluso en una época remota y sin cesar violado o alterado por lo «artificial», que es otra noción confusa. Vercors hablaba del hombre como «animal desnaturalizado»: esta idea de pérdida, de degeneración, de alejamiento de la Naturaleza, nos persigue. No

investigaciones de Margaret Mead, la busca y la investigación de lo «natural» en este terreno se ha intensificado, como se está en esta última década intensificando en otros aspectos (el auge de la Ecología). No por todo el mundo. Sería interesante recordar aquí unas palabras de Erich Fromm: «Las necesidades condicionadas fisiológicamente no son la única parte imperiosa de la naturaleza humana. Hay una parte igualmente irresistible, anclada no en procesos físicos, sino en la esencia misma de la práctica y del modo de vida humanos» («El miedo a la libertad»). Hoy por hoy, la ciencia no tiene todavía ningún derecho a decir que la presencia del cromosoma «Y» sea un factor intrínseco de agresividad. Hasta nueva orden, se sabe que el cromosoma «Y» coincide con la agresividad y es el que define al hombre, y que incluso en ciertos individuos portadores, por anomalía, de dos cromosomas «Y», la agresividad está multiplicada. Pero no hay razón ninguna para aceptar que el cromosoma «Y» no haya llegado a ser portador de determinados «instintos» de violencia y agresividad porque su portador, el macho, haya tenido que ocupar ese papel durante milenios, a partir de la supuesta división original del trabajo (el macho como cazador, la hembra como guardiana del refugio y la prole). La dulzura y mansedumbre de los indios visitados por Margaret Mead, aun siendo cada uno de ellos portador de su buen cromosoma «Y», parece demostrar que no está éste ligado a una agresividad de destino. Incluso en ciertas especies animales (tan importantes, en este caso, como el león) es la hembra la que caza y persigue, y el macho, el que queda de vigilancia del «territorio».

¿Es el cromosoma «Y», como dice el doctor Escoffier-Lambiotte (1), el que causa un factor de desequilibrio funcional que produce más enfermedades y acorta la vida en el hombre con respecto a la mujer? Desde un punto de vista médico, la aportación es de peso y puede llegar a tener consecuencias importantes. El hecho que se conoce es el de que la vida del hombre es más corta que la de la mujer. No ha sido siempre así, ni es en todas partes así. Se sabe, como señala el doctor, que la diferencia es mayor en países ricos que en países pobres, y es mayor en la actualidad que en la antigüedad. Si nos atenemos a los factores llamados «naturales» —es decir, aquellos que se producen sin que el hombre sepa que

él mismo ha participado, a diferencia de los artificiales, que son los que el hombre considera que son producto de su propia participación—, podría decirse que allí donde hay menos intervención «artificial» es precisamente donde se equilibran la vida del hombre y la mujer, e incluso hay puntos en que la longevidad del hombre es mayor (en Alto Volta, la esperanza de vida de un hombre al nacer es de treinta y dos años; la de la mujer, de treinta y uno). Donde el equilibrio se ha roto es donde ha entrado la Medicina y ha evitado la tremenda sangría que era en el sexo femenino la muerte por parto. Los «naturalistas» dirían: a) Que el mayor número de varones nacidos vivos se debe a su predeterminación de agresividad, que les hace más vulnerables desde la infancia; b), que la función conservadora de la mujer la defiende mejor de las enfermedades; c), que la muerte por parto equilibra naturalmente el número de hombres y mujeres; d), que donde la medicina prenatal, natal y posnatal prospera, se desequilibra el par hombre/mujer. La verdad, la mentira o lo relativo de estos hechos está también sin probar.

Sería interesante considerar a la mujer de hoy en tanto que mujer de hoy, sin demasiadas acumulaciones históricas, pero no parece muy posible. En la mayoría de los países occidentales se están dando unos hechos biológicos, fisiológicos y sociales, «naturales» y «artificiales», que están tan estrechamente ligados entre sí, que es muy difícil diferenciar lo que es causa y lo que es efecto. En un reciente número de TRIUNFO (número 511, páginas 16 y 17) quedó expuesto que se ha adelantado la pubertad, tanto en el varón como en la hembra; también se ha retrasado la retirada de las reglas, la menopausia. Sucede que ahora la mujer no solamente ha prolongado su vida media en las sociedades occidentales hasta casi duplicarla (según los países, ha ganado de veinticinco a treinta y cinco años de vida), sino que ha alargado su tiempo de actividad genética y sexual (aunque los usos y costumbres, sobre todo en los países conservadores, tiendan a mantenerlo en sus límites antiguos, retrasando la edad del matrimonio y «retirando» a la mujer del sexo mucho antes de que su biología lo requiera). A pesar de esta mayor amplitud, la mujer dedica menos años que antes (que en el siglo pasado) a la maternidad: antes la tomaba de los veintidós a los

cuarenta años; ahora, de los veinte a los treinta (son datos estadísticos). Quiere decirse que en una vida media de cincuenta años, dieciocho estaban dedicados a la maternidad, mientras que ahora en una vida media de setenta y cinco, sólo se dedican diez. (Las razones posibles: que al desaparecer prácticamente la mortalidad infantil; la mujer necesita menos partos para lograr el mismo número de hijos; que al desaparecer la mortalidad por parto, mayor número de mujeres se reparten la tarea de mantenimiento de la población.)

Estos datos nos indican fácilmente que la mujer dispone hoy del doble de tiempo, por lo menos, que el que disponía su abuela para la vida ajena a la maternidad y a la familia. Es decir, para otras actividades, como el trabajo. Su nuevo y justo intento de reinserción social está muy condicionado por estos hechos. Otros temas de nuestro tiempo, como las diferencias entre procreación y sexualidad, la mayoría —legal o natural— de edad de los hijos cuando la madre aún es joven, etcétera, están también relacionados con estas modificaciones.

De todas formas, la modificación de la mujer hacia la agresividad ha comenzado ya a notarse.

Margaret Mead.



La agresividad del hombre es posiblemente un hecho de su función social. De un origen supuesto de cazador y de una sociedad capitalista competitiva. Han empezado a aparecer en nuestro siglo las mujeres guerrilleras (no las aisladas de otros tiempos, que a veces se vestían de hombre, como en las novelas de Salgari, sino encuadradas y organizadas), y después las mujeres soldados: no en servicios auxiliares (fue un primer paso, que comenzó a darse en la guerra de 1914-1918), sino en servicios de armas. Israel y Vietnam son dos ejemplos de cada caso. En otros países, sin la

urgencia de los dos citados, hay batallones de mujeres soldados. La modesta aportación española de las mujeres guardias municipales es interesante. No van armadas —al menos visiblemente— como sus compañeros masculinos, pero su forma militar de dirigir la circulación es la misma, como la de intervenir en accidentes o en infracciones.

En los siglos necesarios para que la mujer se inserte definitivamente en las sociedades occidentales de carácter agresivo —si ese carácter se mantiene—, se verá probablemente un mayor equilibrio en la mortalidad femenina y masculina, pese a la protección del cromosoma «X», que quizá se modifique, se empequeñezca, se transforme en relación con su nueva función. Si es cierto que el infarto de miocardio ataca más al hombre que a la mujer, también es cierto que ataca más al jefe de empresa que al obrero agrícola; una mujer de empresa de nuestros días está más sujeta a la eventualidad de un infarto que un campesino o un dependiente de comercio. En otro tipo de enfermedades que no son típicas de la civilización (llamémoslas así por entendernos), las correlaciones estadísticas nos muestran que el bienestar forma parte de la salud de una manera muy considerable: entre los treinta y dos años de esperanza de vida de un hombre en el Alto Volta, antes citado, y los setenta y uno coma seis que puede esperar un sueco (la sueca, setenta y cinco coma siete), hay todo un intermedio de sufrimientos, esfuerzos, carencias y dificultades de toda índole. No hay razón ninguna para suponer que el mismo factor de diferencia de dificultades y modos de vida no actúe en la diferenciación hombre/mujer.

La idea de que la mujer futura pueda poner un elemento de dulzura, de ternura, de suavidad, en los tiempos por venir, parece considerablemente utópica. Los ha puesto, quizá, en el pasado, desde unos puestos auxiliares, inferiorizados tal vez o considerados así; se han definido con respecto a esos antiguos patrones unas condiciones abusivas de «virilidad» y de «femineidad». Condiciones que parecen intercambiables. Son otros valores los que habría que tener en cuenta para modificar las condiciones de violencia y agresividad en nuestras sociedades, no sexistas ni zoológicas (como pretenden las nuevas escuelas), sino de la propia estructuración interior. ■ PABLO BERBEN.

(1) Véase, en este mismo número, el trabajo «La fuerza del sexo débil».